

## EL ÍDOLO SIN PIES NI CABEZA: LA COATLICUE A FINES DEL SIGLO XVIII

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

### *Una época de florecimiento*

El descubrimiento de la Coatlicue —junto con el de la Piedra del Sol y el de la de Tízoc— tiene como marco uno de los periodos más fecundos de nuestra historia cultural, el cual se remonta a las postrimerías de la Colonia. Hablamos concretamente de las tres últimas décadas del siglo XVIII y la primera del XIX, cuando las ciencias y las artes florecieron en el territorio novohispano como nunca antes. En aquel entonces, la enseñanza experimentó un rápido proceso de secularización que intentaba dejar atrás la escolástica, y que tuvo como fruto máspreciado la fundación de instituciones vanguardistas, entre ellas el Colegio de Artes y Oficios para Mujeres de las Vizcaínas, la Real Escuela de Cirugía, la Real Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos, la Academia Pública de Medicina y el Real Seminario de Minas. En dicho periodo también abrieron sus puertas el Jardín Botánico y nuevos escenarios para el teatro, el ballet y los conciertos. Paralelamente, varias imprentas, librerías y revistas científicas se entregaron a la tarea de difundir las ideas de la Ilustración europea, las cuales encontraron suelo fértil en la Nueva España. Estas ideas pronto se propagaron y, reinterpretadas por los criollos, insuflaron en el ambiente un espíritu independentista.

En tal contexto de efervescencia cultural, el pasado prehispánico fue revaluado por criollos y peninsulares, quienes perseguían con su interés diversos fines tanto de índole académica como política. Hasta cierto punto, esta inusitada atracción por las civilizaciones que habitaron el Nuevo Mundo antes de la Conquista se debió al impulso dado a la arqueología por Carlos III y Carlos IV.<sup>1</sup> Recordemos que ambos

<sup>1</sup> Elena Isabel Estrada de Gerlero, “Carlos III y los estudios anticuarios en Nueva España”, en Xavier Moyssén y Louise Noelle (coords.), *1492-1992. V Centenario arte e historia*; “La labor anticuaria novohispana en la época de Carlos IV: Guillermo Dupaix, precursor de la

monarcas promovieron las exploraciones pioneras de Herculano, Pompeya y Estabia,<sup>2</sup> y que auspiciaron numerosas expediciones científicas en ultramar, las cuales incluían en sus respectivas agendas el estudio de las antigüedades locales. A la sazón, en lo que hoy es nuestro país, se hicieron los primeros reconocimientos metódicos de Xochicalco y El Tajín, se excavaron las ruinas de Palenque y se emprendió —aunque quedó inconclusa— la Real Expedición Anticuaria de la Nueva España.<sup>3</sup>

### *La ciudad de México y el virrey Revillagigedo*

Otro detonador de los estudios arqueológicos fue la llegada a México de Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla y Horcasitas, segundo conde de Revillagigedo, quien ocupó el cargo de virrey, gobernador, capitán general y superintendente de la real hacienda.<sup>4</sup> Esto aconteció en el año de 1789, cuando la ciudad había alcanzado los 131 mil habitantes y se erigía como la capital más populosa del hemisferio occidental. Como es bien sabido, Revillagigedo era un criollo nacido en la Habana y criado en la Nueva España durante el gobierno de su padre (1746-1755). Residió en España la mayor parte de su vida, donde pudo seguir paso a paso el renacimiento urbano de Madrid que orquestó el arquitecto siciliano Francesco Sabatini bajo las órdenes de Carlos III. Esto debió de haber dejado una profunda huella en Revillagigedo, pues, al retornar a México a los 49 años de edad, se propuso transformar a cualquier precio el rostro de esta urbe, entonces dominada por el caos, la insalubridad y la escasa seguridad.<sup>5</sup> Y fueron

historia del arte prehispánico”, en Gustavo Curiel, Renato González Mello y Juana Gutiérrez Haces (coords.), *XVII Coloquio Internacional de Historia del Arte*.

<sup>2</sup> Leonardo López Luján, “Noticias de Herculano: las primeras publicaciones de arqueología en México”, *Arqueología Mexicana*, n. 90.

<sup>3</sup> José Alcina Franch, *Arqueólogos o anticuarios. Historia antigua de la Arqueología en la América Española*; Marie-France Fauvet-Berthelot *et al.*, “Six personnages en quête d’objets: histoire de la collection archéologique de la Real Expedición Anticuaria en Nouvelle Espagne”, *Gradhiva*, n. 6; Leonardo López Luján, “La arqueología del Epiclásico en el Centro de México”, en *Descubridores del pasado en Mesoamérica*; “El Tajín en el siglo XVIII: dos exploraciones pioneras en Veracruz”, *Arqueología Mexicana*, n. 89.

<sup>4</sup> Véase por ejemplo Lourdes Díaz-Trechuelo *et al.*, “Juan Vicente de Güemes Pacheco, segundo conde de Revillagigedo (1789-1794)”, en José Antonio Calderón Quijano (dir.), *Los virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos IV*; Sonia Lombardo de Ruiz, “El segundo conde de Revillagigedo, una semblanza a través de las voces de su tiempo”, en Lina Odena Güemes y Héctor Madrid Mulia (coords.), *Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de Revillagigedo. Testimonio documental*.

<sup>5</sup> Véase Jesús Galindo y Villa, *Historia sumaria de la Ciudad de México*, p. 146-147; Regina Hernández Franyuti, *Ignacio de Castera: arquitecto y urbanista de la Ciudad de México 1777-1811*,

precisamente las obras que realizó entre su llegada y el año de 1794 las que tuvieron como resultado imprevisto la exhumación de grandes monumentos arqueológicos mexicas. De ello da cuenta el alabardero granadino José Gómez, quien en una sola frase resume causa y efecto: “En su tiempo se minó o abugeredó toda la ciudad y se sacaron varios ídolos del tiempo de la gentilidad”.<sup>6</sup>

Para concretar sus anhelos, el polémico virrey se valió de los servicios del arquitecto y urbanista novohispano Ignacio de Castera, quien muy pronto comenzó las obras.<sup>7</sup> La traza ortogonal se regularizó por medio de la apertura, ampliación y alineamiento de numerosas arterias viales. Nuevos paseos y puentes fueron construidos. Además, dotó de empedrado y de anchas banquetas a las calles del centro; los mercados en las plazas públicas fueron reordenados; se pintaron muchas fachadas, y el alumbrado público fue puesto en funciones. En forma simultánea, la ciudad fue reorganizada administrativamente: se creó para ello una división en cuarteles y manzanas; se les puso nombre a las calles y las plazas, escritos éstos en azulejos blancos de Talavera; las casas se numeraron y se marcaron las accesorias. La red de distribución de aguas mejoró sustancialmente gracias a la instalación de acueductos, cañerías y fuentes. Se emprendieron asimismo importantes obras de saneamiento urbano, entre ellas, la construcción y reparación de acequias, drenajes y atarjeas para la correcta conducción de aguas pluviales y negras. También se ordenó a los propietarios instalar letrinas y depósitos de basura en sus casas. Y, como complemento, se instauró un eficiente servicio de limpia que se valía de carros de recolección para llevar la basura a un sistema de tiraderos distribuidos en la periferia.

Los mayores esfuerzos de mejoramiento urbano tuvieron lugar en la Plaza de Armas, obras que estuvieron a cargo del ingeniero militar Miguel Constanzó.<sup>8</sup> A la llegada de Revillagigedo aquello era una

p. 55-73; Lombardo de Ruiz, “El segundo conde...”; Rita Valero de García Lascuráin, “El empedrado de la ciudad virreinal”, *De Tenochtitlan al siglo XXI. Memoria del Primer Encuentro de Cronistas de la Ciudad de México*, p. 121-125.

<sup>6</sup> José Gómez, *Diario curioso y cuaderno de las cosas memorables en México durante el gobierno de Revillagigedo (1789-1794)*, p. 109. José Gómez (1732-1800) alcanzó el grado de cabo en el cuerpo especial de infantería que tenía la función de proteger a los virreyes y hacer guardias de honor. Su presencia constante en la Plaza de Armas desde 1770 le permitió presenciar los trabajos ordenados por Revillagigedo y los consecuentes hallazgos arqueológicos.

<sup>7</sup> Véase, Hernández Franyuti, *Ignacio de Castera...*; José Ojar Moncada y Paola González, “Algunas reformas urbanas en la ciudad de México a finales del siglo XVIII”, p. 94-101, 107-112.

<sup>8</sup> Estas modificaciones son especificadas en José María Marroquí, *La ciudad de México*, v. 1, p. 276-277; Galindo y Villa, *Historia sumaria...*, p. 146-147; Díez-Trechuelo *et al.*, “Juan Vicente...”, p. 102-104; Valero de García Lascuráin, “El empedrado...”, p. 121; Moncada y González, “Algunas reformas...”, p. 101-107.

verdadera anarquía, tal y como da cuenta Francisco Sedano en sus *Noticias de México*:

Esta plaza, cuando estaba el mercado, era muy fea y de vista muy desagradable. Encima de los techados de tajamanil había pedazos de petate, sombreros y zapatos viejos, y otros harapos que echaban sobre ellos. Lo desigual del empedrado, el lodo en tiempo de lluvias, los caños que atravesaban, los montones de basura, escremento de gente ordinaria y muchachos, cáscaras y otros estorbos la hacían de difícil andadura. Había un beque ó secretas que despedía un intolerable hedor que por lo súcio de los tablones de su asiento, hombres y mujeres hacían su necesidad trepados en cuclillas con la ropa levantada á vista de las demás gentes sin pudor ni vergüenza, y era demasiada la indecencia y deshonestidad. Cerca del beque se vendía en puestos carne cocida, y de ellos al beque andaban las moscas. De noche se quedaban á dormir los puesteros debajo de los jacales, y allí se albergaban muchos perros que se alborotaban y á más del ruido que hacían se avalanzaban á la gente que se acercaba. Todo esto es cierto y verdad, de que son testigos todos los habitantes de esta gran ciudad.<sup>9</sup>

Por fortuna, la coyuntura para remediar el deplorable estado en que se encontraba la principal escena política y religiosa de la ciudad se dio en diciembre de 1789, cuando la plaza tuvo que despejarse para la proclamación de Carlos IV. Así, terminadas las celebraciones, el virrey ordenó al corregidor intendente Bernardo Bonavía y Zapata que ya no se permitiera establecer los puestos y que éstos fueran reorganizados en la contigua Plaza del Volador. No sólo eso, sino que se giró la instrucción de demoler el viejo muro del atrio de la catedral; eliminar las sepulturas que estaban a flor de tierra en el cementerio del Sagrario, trasladándolas a la iglesia de San Pedro y San Pablo; cambiar la horca a la plazuela de Tenexpa; desmontar “la Pila”, es decir, la fuente ochavada con un tazón de bronce enviado desde Perú por Luis de Velasco y con un coronamiento en forma de águila regalado por Carlos V, y finalmente retirar la columna con el busto de Fernando VI que se conocía popularmente como “el Pirámide”.

Ya con el terreno libre de obstáculos, se rebajó en poco más de una vara y media<sup>10</sup> el antiestético montículo que se hacía en la plaza, nivelándolo en la medida de lo posible. Lo propio se hizo con el piso del atrio catedralicio, el cual quedó casi a la misma altura que la plaza, por lo que únicamente fue necesario construir una gradería para salvar el desnivel remanente. Para el éxito de la operación, cada canoa

<sup>9</sup> Francisco Sedano, *Noticias de México*, v. 2, p. 88.

<sup>10</sup> Equivalente a 1.26 m.

que introducía mercancías al centro de la ciudad tenía como obligación salir cargada con el material producto del rebaje. Las dos torres de la catedral también se concluyeron en aquellos años, en tanto que la portada principal se decoró con las armas de Castilla y León, y las puertas con el escudo pontificio.

En el tiempo que duraron las tareas de renivelación, se aprovechó para colocar atarjeas con grandes tapas de piedra y cañerías que llevarían el agua a cuatro nuevas y esbeltas fuentes, una en cada esquina de la plaza. Además, se construyeron banquetas y guarda-ruedas, y se empedró el área. Finalmente, se terraplenó la Acequia Real, se hicieron ocho embarcaderos dotados de escaleras dobles y se demolieron los cajoncillos de San José, ubicados en el extremo sur de la plaza, frente al Portal de las Flores (Figura 1).

Como consecuencia inesperada de las radicales reformas de la Plaza de Armas y el área circunvecina, salieron a la luz decenas de esculturas mexicas, destacando la Coatlicue, la Piedra del Sol y la Piedra de Tízoc entre todas ellas. Pero, contrario a lo que siempre había sucedido, las antigüedades recién desenterradas ya no fueron destruidas, pues ahora se veía en ellas un rico contenido histórico y, dependiendo del caso, cierto valor artístico. Por esta razón, muchas se utilizaron como elementos decorativos en las esquinas, los dinteles y los zaguanes de las nuevas mansiones, mientras que otras nutrieron las cada vez más comunes colecciones públicas y privadas de la capital.<sup>11</sup> Todos estos monumentos fueron objeto de escrutinio por parte de la mayoría de los intelectuales ilustrados y un creciente número de aficionados que vivían o estaban de visita en la ciudad. La presencia de estas enigmáticas piedras en lugares visibles generó curiosidad, debates, publicaciones y el deseo de preservarlas para la posteridad.

### *El hallazgo arqueológico*

Hoy podemos delinear los pormenores del feliz descubrimiento de la Coatlicue, en buena medida gracias a un par de expedientes de la época que se atesoran en el Archivo Histórico del Distrito Federal, institución que tiene como sede la bellísima Casa de los Condes de Heras y Soto. Hasta ahora inéditos, tales expedientes reúnen las declaraciones que hicieron dos protagonistas y dos testigos presenciales

<sup>11</sup> Leonardo López Luján y Marie-France Fauvet-Berthelot, "Coleccionismo arqueológico novohispano: la revaloración del pasado prehispánico a fines del periodo colonial", ponencia presentada en el coloquio Las Vitrinas de la Memoria, los Entresijos del Olvido. Coleccionismo e Invención de Memoria Cultural.

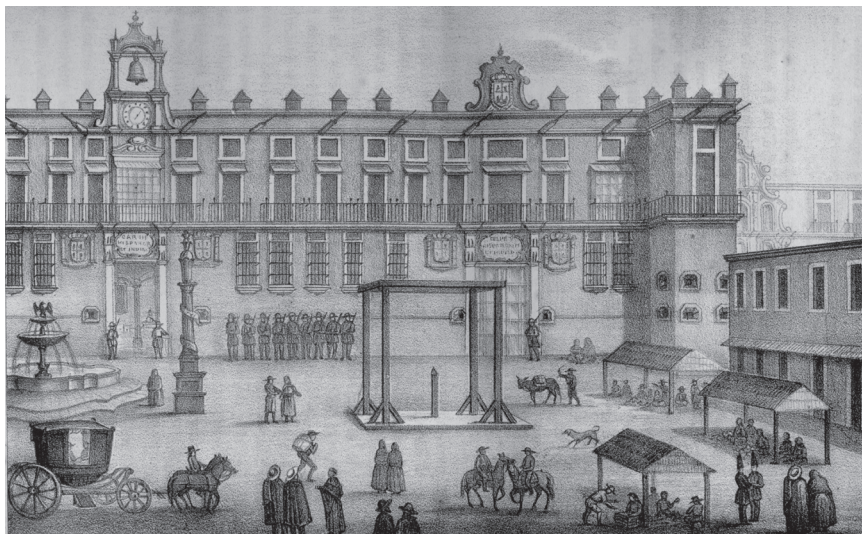


Figura 1. La Plaza de Armas y el Real Palacio de la ciudad de México a fines del siglo XVIII. A la derecha se observan los cajoncillos del Señor San José.

Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*

del hallazgo, así como las instrucciones que se giraron para que el monumento fuera trasladado a la Universidad Real y Pontificia.

Uno de los expedientes se formó en octubre de aquel mismo año<sup>12</sup> y obedece al deseo de las más altas autoridades coloniales de conocer las circunstancias de un episodio que hoy se considera el origen de la arqueología mexicana.<sup>13</sup> El primer documento que lo integra es una esquila sin fecha, la cual fue escrita por el sobrestante mayor de la obra del rebajo de la plaza, José Antonio Cosío, a petición del ingeniero militar Constanzó.<sup>14</sup> En ella se responde lacónicamente a un cuestionamiento del corregidor intendente Bonavía, diciendo que “la

<sup>12</sup> “Informe del superintendente, corregidor de la ciudad de México, Bernardo Bonavía al ayuntamiento sobre el descubrimiento de una piedra labrada de considerable magnitud, la cual fue encontrada al realizar obras en uno de los conductos de la Plaza Mayor. Pide se le haga saber al virrey de estos hechos. 4 de septiembre-21 de octubre 1790”. Antonio de León y Gama tuvo conocimiento de este expediente y lo cita al principio de la edición de 1792 de su *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*, p. 11.

<sup>13</sup> Matos Moctezuma, “Don Antonio de León y Gama y los comienzos de la arqueología mexicana”, en Leonardo Manrique Castañeda y Noemí Castillo Tejero (coords.), *Homenaje al doctor Ignacio Bernal; Los comienzos de la arqueología mexicana: en respuesta a Carlos Navarrete*.

<sup>14</sup> “Informe al superintendente...”, primer documento.

Piedra” vio la luz el 13 de agosto y que fue sacada a la superficie el 4 de septiembre. Bonavía debió transmitir la esquila al virrey Revillagigedo y éste seguramente quedó insatisfecho con el reporte. Así nos lo hace vislumbrar el siguiente documento, dictado el día 7 de octubre por el corregidor intendente al escribano Juan Antonio Gómez. Ahí se dice:

Que á consecuencia de hallarse [el corregidor intendente] con Superior orden del Exmo. señor Virrey, para averiguar en que dia se descubrió una piedra labrada de conciderable magnitud, que parece ser Monumento de la Gentilidad, el qual estava a poca distancia de los cajoncillos del Señor San José, subterraneamente, y se manifestó á tiempo de continuar la escavacion de la Plaza publica de esta Capital devía mandar y su Señoria mandó, que agregandose la adjunta Esquila, se notifique ál sujeto que la firmó declare acerca de la certeza de su contenido, é igualmente el Arquitecto que dirige la obra del revajo de dicha Plaza, á efecto de q.<sup>e</sup> ambos digan á que profundidad se hallava dcha. piedra respecto del alto que tenia la misma Plaza, su estructura, tamaño, y demás que hallen por conveniente.<sup>15</sup>

Cumpliendo la instrucción, el escribano Gómez se dio a la tarea de tomar declaración en los días subsiguientes tanto a José Damián Ortiz de Castro, maestro mayor de la ciudad y responsable de la obra, como al mencionado sobrestante Cosío. En la primera de ellas se da fe de lo siguiente:

Yo el Escrivano, haviendo comparecido Dn. José Damian Ortíz, Academico de merito de la R.<sup>l</sup> de San Carlos de esta N. E. y uno de los maestros maiores de esta N. C. para dar la declaracion que previene el Auto de la primera foja, haviendo echo juramento por Dios Nuestro Señor y la Santa Cruz, de decir verdad en lo que supiere, siendo preguntado dixo: Que el dia treze de Agosto de este año, se descubrió en uno de los conductos cubiertos que se están construyendo en la Plaza maior desta Corte, inmediato á los Cajoncitos que llaman de Señor San José y á distancia de cinco varas<sup>16</sup> de la Azequia Real, y treinta y siete<sup>17</sup> del Real Palacio, una figura de piedra de Chapultepec,<sup>18</sup> que al parecer la arrojaron, por que estava boca avajo: Que la profundidad á que se halló fué de vara y tercia,<sup>19</sup> por la caveza, y de

<sup>15</sup> “Informe al superintendente...”, segundo documento, fol. 1r-1v.

<sup>16</sup> Equivalente a 4.18 m.

<sup>17</sup> Equivalente a 30.93 m.

<sup>18</sup> El cerro de Chapultepec posee en sus flancos afloramientos de andesita.

<sup>19</sup> Equivalente a 1.11 m.



una vara por los pies.<sup>20</sup> Que el día quatro de Septiembre á las dos de la noche, se paró por medio de un aparejo Real, compuesto de una doble Polea que se afianzó en la Andamiada que para el fin se formó, y otras dos sensillas que se colocaron en la propia figura, la una para doblar el Cable y la otra para el retorno, cuia maniobra se facilitó por medio de torno, por cuió medio se hisava con mucha igualdad y mayor ventaja: Que en esta misma noche solo se enderesó dicha figura, y en la siguiente que fué la del día veinte y cinco á la misma hora se sacó y colocó frente de la Puerta Chica del Real Palacio, donde existe: Que lo q.<sup>e</sup> lleva dho. es la verdad, so cargo de juram.<sup>10</sup> en q.<sup>e</sup> se rati-ficó, y lo firmó.<sup>21</sup>

De lo anterior se colige que, el 13 de agosto, un grupo de trabajadores que instalaba una atarjea de mampostería en el ángulo sureste de la plaza se topó con la Coatlicue, prácticamente al borde de la acequia y a escasísima distancia de la superficie. La escultura estaba recostada con su cara frontal hacia abajo, en una posición casi horizontal. Ortiz de Castro es muy claro al explicar el método que se siguió tres semanas más tarde, con el fin de extraer esta mole de más de 24 toneladas y colocarla de pie a un lado de la zanja. En un movimiento posterior, el 25 de septiembre, la Coatlicue fue llevada junto a la Puerta del Virrey, la actual Puerta de Honor de nuestro Palacio Nacional.

A diferencia de Ortiz de Castro, Cosío era un hombre parco, tal y como se deduce tanto de la esquila que arriba citamos como de su declaración que a la letra dice:

Que el día treze de Agosto de este año, por la mañana, yendo á trabajar con inmediación á los Cajoncillos del Señor San José, se descubrió á distancia como de dos varas,<sup>22</sup> frontero de sus puertas, una Piedra labrada de tres vs de largo,<sup>23</sup> y poco más de vara de ancho,<sup>24</sup> quel bulgo á llamado el Ydolo á profundidad de cosa de tres quartas<sup>25</sup> por un extremo, y por el otro como vara y quarta.<sup>26</sup> Que el día quatro de Septiembre pasado á las doze de la noche, se sacó dicha piedra, y se puso en el lugar donde hoi está frente de la Puerta Chica del Real Palacio, y que esto es lo que tiene dicho en su Esquila [...]<sup>27</sup>

<sup>20</sup> Equivalente a 0.84 m.

<sup>21</sup> "Informe al superintendente...", segundo documento, fol. 2r-2v.

<sup>22</sup> Equivalente a 1.67 m.

<sup>23</sup> Equivalente a 2.51 m.

<sup>24</sup> Equivalente a poco más de 0.84 m.

<sup>25</sup> Equivalente a 0.73 m.

<sup>26</sup> Equivalente a 1.04 m.

<sup>27</sup> "Informe al superintendente...", segundo documento, fol. 3r-3v.



Ambas declaraciones coinciden en la cronología de los acontecimientos y se aproximan mucho en lo referente a la ubicación y la profundidad a la que yacía el monolito. Además, se complementan: mientras que el maestro mayor especifica el tipo de roca en que se talló el monumento (una andesita), el sobrestante consigna sus dimensiones, por cierto con bastante precisión.<sup>28</sup>

No contento con las dos declaraciones que se le encomendaron, el escribano Gómez continuó con sus pesquisas. El 19 de octubre levantó un par más, en esta ocasión a propietarios de negocios que se encontraban en los conocidos cajoncitos de Señor San José. Éstos eran dos edificios comerciales, alargados y de doble nivel que bordeaban el costado norte de la Acequia Real y que corrían paralelos al Portal de las Flores.<sup>29</sup> Alojaban en su interior un total de 35 cajoncitos, casi todos de cinco varas<sup>30</sup> de fondo y con dos puertas hacia la Catedral.<sup>31</sup> Los cajoncitos 5 y 6, próximos al Puente de Palacio, estaban ocupados por una cacahuatería, cuyo dueño era el corregidor español Pedro Joseph Esquivel. Al ser interrogado sobre la antigua escultura, éste afirma que

el día catorce de Agosto por la mañana, en embargo de sus ocupaciones, obremos q.<sup>e</sup> los operarios q.<sup>e</sup> trabajan en el rebajo de la Plaza ma.<sup>r</sup> descubrieron á poca distancia de la Puerta de su tienda, un pedazo de piedra labrada, y habiendo escarbado mas, se halló ser una piedra grande de la misma figura q.<sup>e</sup> se vé en el día, la qual le parece haberse sacado enteram.<sup>te</sup> el quatro de Sept.<sup>re</sup> [...]<sup>32</sup>

La otra declaración fue rendida por Juan Andrés Gutiérrez, propietario de la mercería del número 4, quien señala puntualmente

que el día catorce del pasado Agosto estando travajando en las inmediaciones de su puerta los operarios del rebajo de la Plaza mayor entre nueve y diez de la mañana fueron descubriendo una piedra de que no haviendose hecho el mayor aprecio á los principios, siguiendo el trabajo para abrir una Sanja hallaron una piedra quadrada que hoy se manifiesta, la qual save haverla sacado el día quatro de Sept.<sup>re</sup> por la Noche.<sup>33</sup>

<sup>28</sup> La Coatlicue mide 255 por 150 por 130 cm.

<sup>29</sup> Sedano, *Noticias de México*, v. 2, p. 90-91. El edificio oriental iba del Puente de Palacio al de las Marquesoteras y, el occidental, de este puente al callejón de San Bernardo.

<sup>30</sup> Equivalente a 4.2 m.

<sup>31</sup> Se terminaron de tirar el 1 de abril de 1794, de acuerdo con Gómez, *Diario curioso...*, p. 96, § 463.

<sup>32</sup> "Informe al superintendente...", segundo documento, fol. 3v.

<sup>33</sup> "Informe al superintendente...", segundo documento, fol. 4r-4v.

Por desgracia, estos testimonios adicionales no agregan mucho a lo ya sabido e introducen el error de que el hallazgo tuvo lugar un día después de lo acontecido en la realidad. Lo importante es que, una vez recabados estos dos últimos documentos, el expediente completo fue remitido para su conocimiento al mismísimo virrey el día 22 de octubre y que, una semana más tarde, Bonavía turnó copia al rector de la universidad.

La información de este expediente se corrobora en los testimonios de otras personas que no declararon ante el escribano, pero que registraron en sus publicaciones o en sus diarios personales cómo surgió la Coatlicue del subsuelo. Uno de ellos fue don Antonio de León y Gama, astrónomo y profundo conocedor de las antigüedades mexicanas. En junio de 1792 se publicó su *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790...*, donde reseña el incidente de la siguiente manera:

Con ocasión, pues, de haberse mandado por el Gobierno que se igualase y empedrase la Plaza mayor, y que se hiciesen tarjeas para conducir las aguas por canales subterráneos; estando excavando para este fin el mes de Agosto del año inmediato de 1790, se encontró, a muy corta distancia de la superficie de la tierra, una Estatua curiosamente labrada en una piedra de extraña magnitud, que representa uno de los ídolos que adoraban los Indios en tiempo de su Gentilidad.<sup>34</sup>

Otro testigo fue el ya referido alabardero Gómez, quien en su diario consigna el hallazgo y describe la fisonomía de la Coatlicue con sorprendente precisión:

El día 4 de septiembre de 1790 en México, en la plaza principal, enfrente del rial palacio, abriendo unos cimientos sacaron un ídolo de la gentilidad, cuya figura era una piedra muy labrada con una calavera en las espaldas, y por delante otra calavera con cuatro manos (y) figuras en el resto del cuerpo pero sin pies ni cabeza y fue siendo virrey el conde de Revillagigedo.<sup>35</sup>

Pasemos ahora al segundo expediente del Archivo Histórico del Distrito Federal,<sup>36</sup> el cual reúne documentos que detallan el traslado de

<sup>34</sup> León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1792, p. 2-3.

<sup>35</sup> Gómez, *Diario curioso...*, p. 25, § 105.

<sup>36</sup> "El Ayuntamiento de México informa al virrey Revillagigedo el descubrimiento de una piedra labrada de considerable tamaño durante las excavaciones que se están realizando en la Plaza Mayor para la construcción de atarjeas. Dispone el virrey se entregue a la Real y

la Coatlicue a la universidad; ésta ocupaba un inmueble hoy desaparecido que cerraba la Plaza del Volador por el oriente. El primer documento es un billete fechado el 5 de septiembre de 1790, donde Bonavía sugiere al virrey que la escultura recientemente exhumada sea protegida por su valor histórico:

En las excavaciones que se están haciendo en la Plaza de Palacio para la construcción de targeas se ha hallado como se sabe una figura de piedra de un tamaño considerable, que denota ser anterior a la conquista. La considero digna de conservarse por su antigüedad, por los escasos monumentos que nos quedan de aquellos tiempos, y por lo que pueda contribuir a ilustrarlos. Persuadido que a este fin no puede ponerse en mejores manos que las de la Real Pontificia Universidad, me parece convendrá colocarse en ella, no dudando la admitirá con gusto, quedando á mi cargo, si a V.E. le parece bien el hacerla medir, pesar, dibujar, y gravar para que se publique con las noticias que dho. cuerpo tenga, indague, ó descubra, á cerca de su origen.<sup>37</sup>

No deja de resultar sorprendente que Bonavía haya preferido confiar la custodia y el estudio del monolito a una institución que atravesaba por un periodo de decadencia y gran conservadurismo, soslayando la apenas fundada Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos. Esta última representaba en ese entonces la vanguardia en el terreno de las artes plásticas, tanto así que en su edificio compartían espacios las copias de yeso de esculturas grecolatinas traídas por Manuel Tolsá desde España con esculturas mexicas recientemente exhumadas en la ciudad de México, entre ellas el Indio Triste y la efigie en bulto redondo del ahuízote.<sup>38</sup>

Revillagigedo le contesta positivamente a Bonavía al día siguiente, haciendo explícito el deseo de ver su estudio publicado:

Combengo gustoso en que se conduzca á la R.<sup>l</sup> y Pontificia Universidad la figura de Piedra hallada en las Escavaciones de la Plaza deste Palacio, y se coloque en el parage de aquel Edificio que se contemple el mas á proposito; cuidando Ud. como me propone de hacerla medir, pesar, dibujar, y grabar, á fin de publicarla con las noticias que aquel Ille. Cuerpo tenga ó pueda indagar acerca de su origen.<sup>39</sup>

Pontificia Universidad la piedra descubierta y se coloque en el paraje de este edificios para que se indague acerca de su origen. 5 septiembre 1790-12 enero 1792”.

<sup>37</sup> “El ayuntamiento...”, fol. 1r.

<sup>38</sup> López Luján y Fauvet-Berthelot, “Coleccionismo arqueológico novohispano...”.

<sup>39</sup> “El ayuntamiento...”, fol. 2r.

Dos semanas más tarde, el 22 de septiembre, el virrey manda otro billete a Bonavía, notificándole la opinión del rector con relación a la escultura:

El Rector de la Universidad ha solicitado se pase a ella la piedra encontrada en las excavaciones de la Plaza pral. para hacer cotejos y deducir si, como parece, fue, Estatúa de alguno de los Templos de los Yndios.

Hoy le contesto q.<sup>e</sup> ya tenia tomada esta misma providencia en Orn. de 6. del corr.<sup>te</sup> la q.<sup>e</sup> repito à V.s. agregandole comuniqué al referido Rector noticia autentica del hallazgo.

Este documento es el último que se refiere a la Coatlicue, pues los subsecuentes tienen que ver con la Piedra de Tízoc.<sup>40</sup> Sin embargo, León y Gama nos informa de la existencia de un billete más relativo a este asunto, el cual fue enviado por Bonavía al rector el 29 de octubre. En su *Descripción histórica y cronológica...* lo transcribe:

En cumplimiento de lo que el Exmô. Señor Virrey se sirvió prevenirme en Oficio de 22 del mes último, paso á V.S. testimonio que acredita el hallazgo de la figura de piedra,<sup>41</sup> al parecer gentilica, encontrada en las excavaciones de la Plaza mayor: la que desde luego puede V.S. disponer se traslade á la Real Univesidad, con el fin propuesto de que se conserve, y que con las luces de los documentos de la Biblioteca, se forme la disertacion correspondiente; quedando á mi cuidado, en estando alli, hacerla pesar, medir y gravar, para que al mismo tiempo se dé noticia al Público con su estampa, peso y dimensiones.<sup>42</sup>

Si tomamos en cuenta la fecha de emisión de este último documento, el traslado habría tenido ocasión entre el 29 de octubre de 1790 y el 16 de agosto de 1791, cuando la *Gazeta de México* anunció que la *Descripción histórica y cronológica...* estaba concluida.<sup>43</sup> En efecto, León y Gama manifiesta en esta obra que el monumento ya se encuentra en la universidad, especificando que se colocó en “uno de los ángulos de su Atrio”. Añade que aún no había sido medido ni dibujado “por las muchas y graves ocupaciones” del corregidor intendente, quien “acaso

<sup>40</sup> Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, “La historia póstuma de la Piedra de Tízoc”, *Arqueología Mexicana*, n. 102.

<sup>41</sup> Tal testimonio seguramente es el conjunto de documentos de nuestro primer expediente.

<sup>42</sup> León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1792, p. 10.

<sup>43</sup> León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1792, p. 8.

suspendió el que se practicáran, por haber tenido noticia de que yo tomaba el trabajo de dar al Público su descripción”.<sup>44</sup>

Es interesante acotar al margen que, a raíz de la aparición de la mencionada noticia en la *Gazeta de México*, Bonavía mandó llamar a León y Gama para mostrarle los dos expedientes que aquí hemos transcrito, conminándolo a incluir en su libro de próxima aparición una larga “Adición”.<sup>45</sup> En ella debía informar a los lectores sobre las providencias del corregidor intendente y del virrey “conducentes a la perpetua conservacion de estas Estatuas [la Coatlicue y la Piedra del Sol], y á la permanencia de la memoria de ellas”. El sabio no tuvo más remedio que cumplir con las exigencias, haciendo hincapié en su añadido del “zelo, solicitud, y eficacia” de Bonavía, y transcribiendo íntegramente dos de sus oficios.

Varios años después, el 30 de agosto de 1795, León y Gama envió una carta al historiador Andrés Cavo para pedirle que no incluyera tal adición en la versión italiana que este jesuita exiliado en Roma estaba preparando de la *Descripción histórica y cronológica...* De manera implacable, la misiva señala lo siguiente en relación a Bonavía:

Podrá U. omitir, si le parece, en todo, ó en parte, la Addicion de la pag. 8. principalm.te los Oficios que me hizo el S.or Corregidor insertar á la letra, porque se diera á entender, que havia tenido parte en la invencion de las Piedras, y en promover su explicacion, que á no haverla yo tomado a mi cargo voluntariam.te ya se huviera demolido, como lo hizo hacer con un precioso remate del Templo mayor, cuyos fragmentos andan bien distantes unos de otros [...] <sup>46</sup>

Tanto la adición al libro como la queja epistolar de León y Gama nos dejan ver un cierto oportunismo político de parte de Bonavía, además de su falta de apoyo sostenido al estudio pormenorizado de la Coatlicue y su indolencia por el rescate de otros vestigios arqueológicos de menor calibre. Aún así, lo que resulta incuestionable, y de ello son testimonio los expedientes que ahora estamos dando a conocer, es que el corregidor intendente y el virrey tenían un interés sincero por conservar estos monumentos de la antigüedad prehispánica y que ninguno de los dos dudó un minuto en promover la salvaguarda de la Coatlicue, decisión en extremo loable y hasta donde sabemos sin precedentes en la historia virreinal. Lo anterior cobra mayor sentido al tomar en cuenta que Bonavía era un político imbuido por las ideas de la Ilustración,

<sup>44</sup> León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1792, p. 10-11.

<sup>45</sup> León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1792, p. 8-14.

<sup>46</sup> León y Gama, 1795, ARSI, Vitae 1005, I, A.

que entre sus muchas ocupaciones fue consiliario de la Academia de San Carlos y que pasaba sus ratos libres organizando un gabinete propio con curiosidades de los tres reinos de la naturaleza.<sup>47</sup>

Por otra parte, es altamente significativo que la Coatlicue haya tenido un destino tan distinto al de la Piedra del Sol. Como es bien sabido, esta escultura fue llevada tras su descubrimiento en diciembre de 1790 a la torre nueva de la Catedral, lugar donde estuvo expuesta a la vista pública hasta 1885.<sup>48</sup> La actitud diametralmente opuesta hacia dos obras maestras de la misma civilización y aparecidas el mismo año quizás se explique por lo que cada una de ellas evocaba a las elites coloniales: mientras que la Piedra del Sol materializaba el profundo conocimiento geométrico, calendárico y astronómico de los mexicas, la Coatlicue mostraba su lado oscuro, el cual era definido como monstruoso, idolátrico y sanguinario.

### *El debate en torno al hallazgo*

Desde el día de su descubrimiento, la Coatlicue ha sido objeto de controversias en torno a su significado, muchas de las cuales siguen hoy vigentes. La primera y más enconada discusión tuvo lugar entre 1790 y 1794, y se ventiló públicamente en las dos principales gacetas de la ciudad de México y en un par de tratados.<sup>49</sup> En ella participaron al menos cuatro individuos: el polígrafo Joseph Antonio Alzate y Ramírez, un criollo que firmó con el pseudónimo de Océlotl Tecuilhuitzintli, el astrónomo y anticuario Antonio de León y Gama, y el licenciado del Colegio Ilustre de Abogados José Ignacio Borunda. Todo comenzó cuando Alzate, personalidad tan celebrada como denostada en aquella época, dio a conocer en su *Gazeta de Literatura* breves noticias sobre los descubrimientos de la Coatlicue y la Piedra del Sol en

<sup>47</sup> Sin título a.

<sup>48</sup> “El adiós y triste queja del Gran Calendario Azteca’. El incesante peregrinar de la Piedra del Sol”, *Arqueología Mexicana*, n. 91.

<sup>49</sup> Anteriormente se han referido a este apasionante debate Carlos R. Margáin, “Don Antonio León y Gama (1735-1802). El primer arqueólogo mexicano. Análisis de su vida y obra”, *Memorias del Primer Coloquio Mexicano de Historia de la Ciencia*, v. II, p. 170-174; Roberto Moreno de los Arcos, “Ensayo biobibliográfico de Antonio de León y Gama”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, t. II, n. 1, p. 82-94; Ignacio Bernal, *Historia de la arqueología en México*, p. 74-77; Fausto Ramírez, “Observaciones acerca de las artes plásticas en las publicaciones periódicas de José Antonio de Alzate y Ramírez”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, n. 50/1, p. 136-139; Alberto Soberanis, “Alzate, León y Gama y Guillaume Dupaix. A propósito de las antigüedades mexicanas”, en Teresa Rojas Rabiela (coord.), *José Antonio Alzate y la ciencia mexicana*, p. 59-68; y Jorge Cañizares Esguerra, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*, p. 451-471, 475-480 y 482-489.

diciembre de 1790 y enero de 1791, respectivamente.<sup>50</sup> En la primera de ellas, pontifica sobre el emplazamiento original y el significado de la diosa:

Se ha extrañado que en esta Gaceta no se haya dado noticia de una voluminosa piedra que se encontró formando una excavación en la plaza principal de esta ciudad: su volumen, el estar esculpida con figuras de medio relieve, me hace creer fue de las que componían el antiguo templo de los mexicanos, puesto que estaba fabricado en donde se halla dicha plaza. No ha faltado quien diga es una imagen simbólica del dios de la guerra y de la muerte; ¿pero qué reglas hay para descifrar los caracteres mexicanos? Estos son como los de los egipcios, símbolos cuya inteligencia se ha perdido, porque se ignora la clave para su inteligencia [...] No es esta ocupación para mi genio; jamas intento caminar entre tinieblas.<sup>51</sup>

En este brevísimo texto, además de sugerir erróneamente que el recinto sagrado de Tenochtitlan se extendía hasta el lugar donde apareció la Coatlicue, Alzate lanzó en forma velada su primer ataque a León y Gama. Ambos sabios acababan de sostener una polémica encarnizada en torno a las auroras boreales,<sup>52</sup> razón por la cual Alzate no debió perdonar que su contrincante volviera a la escena pública, ahora para predicar a los cuatro vientos que la nueva escultura figuraba a la pareja divina formada por Teoyaomiqui y Teoyatlatohua Huitzilopochtli, y que en su base tenía esculpida la imagen de Mictlantecuhli. Es cierto que Alzate había manifestado en varias ocasiones su atracción por las antigüedades (particularmente por las ruinas de Xochicalco, Otoncalpulco, Herculano y Pompeya), pero siempre se limitó a los aspectos técnicos y mensurables, sobre todo de la arquitectura, donde podía hacer lujo de sus profundos conocimientos en las ciencias naturales, la física y la mecánica.<sup>53</sup> Esto explica su tozuda oposición a abordar las cuestiones formales y simbólicas del arte prehispánico, despreciando así un quehacer tan caro a León y Gama, y criticándolo de paso por su supuesta falta de método para el desciframiento glífico de la Coatlicue.

<sup>50</sup> Joseph Antonio Alzate y Ramírez; Sin título a; Sin título b.

<sup>51</sup> Alzate y Ramírez; Sin título a.

<sup>52</sup> Véase Moreno de los Arcos, "Ensayo biobibliográfico...", p. 68-73.

<sup>53</sup> Alzate y Ramírez, "Descripción de las antigüedades de Xochicalco"; Augusto Molina Montes, "Una visión de Xochicalco en el siglo XIX: Dupaix y Castañeda, 1805", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, v. 62; López Luján, "Noticias de Herculano...".



Meses después, el 16 de agosto de 1791, la *Gazeta de México* dio a conocer las reflexiones de un tal Océlotl Tecuilhuitzintli, quien arremetió contra Alzate y contra León y Gama. Le reprochó al primero sus equivocadas apreciaciones sobre la Piedra del Sol y lo conminó a dar a conocer las relativas a la Coatlicue, mientras que de un plumazo descalificó la identificación que el segundo había hecho verbalmente de la diosa. En una posdata, Tecuilhuitzintli nos ofrece su propia interpretación de esta escultura, por demás desorbitada y carente de sustento:

P.D. No convengo con los que han dicho á Vm. que la piedra volumosa de su referida Gazeta de Diciembre sea el Dios de la Guerra y de la Muerte. Opino que es la Estatua de Teotlacanexquimilli, *Vulto de obscuridad, ó Dios sin pies ni cabeza*, acompañado de Tlazolteotl, *Venus deshonesto*, y de Tlateuctli *Dios vengador de los adulterios*. A todos tendrá Vm. el gusto de conocer en el Patio de esta Universidad, donde recibirán á Vm. como á mi esta tarde, en pie, sin tener pies. El Dios de la Guerra, el Señor Hutzilopochtli era menos atento, y aunque entrase el mismo Moctezuma no se levantaba de su banco de quatro angulos.<sup>54</sup>

El carácter indómito de Alzate lo movió a contestar por el mismo medio al mes siguiente. En lo tocante a la Coatlicue, no hizo más que eludir la crítica de Tecuilhuitzintli, reconociendo haberse mofado de las ideas de León y Gama, y reiterando su desdén por un tema que consideraba especulativo. El texto dice a la letra:

El último y mas infundado cargo que me hace Vm. es si haber faltado á mi palabra, por no haber tratado de la Estatua que en el día se conserva en la Real Universidad, quando el que lea, no digo con atencion, pero aun superficialmente mi Gazeta N. 8 de 13 de Diciembre de 90, veerá que despues de haberme burlado de las extrañas interpretaciones de varios Sugetos, concluyo con estas palabras: No es ocupacion para mi genio: jamás intento caminar entre tinieblas.<sup>55</sup>

En el contexto de estos fugaces intercambios, León y Gama entregó a la imprenta de Zúñiga y Ontiveros su *Descripción histórica y cronológica...*<sup>56</sup> La *Gazeta de México* se encargó de anunciarlo y, a lo largo del

<sup>54</sup> Océlotl Tecuilhuitzintli, "Carta al Autor de la Gazeta de Literatura", *Gazeta de México*, t. IV, n. 40, p. 379.

<sup>55</sup> Alzate y Ramírez, "Respuesta del Autor de la Gazeta de Literatura á la Carta que se publicó por la nuestra en la de 16 del pasado, escrita por un Anónimo", *Gazeta de México*, t. IV, n. 42.

<sup>56</sup> León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1792.

primer semestre de 1792, invitó a los lectores a suscribirse. Ante la falta de respuesta, se prorrogó la fecha límite en dos ocasiones.<sup>57</sup> Finalmente, en el mes de junio vio la luz el que Cañizares Esguerra ha considerado “uno de los textos más eruditos y sofisticados desde el punto de vista epistemológico que aparecieron en el mundo Atlántico durante ese periodo”.<sup>58</sup>

Uno de los principales propósitos de este tratado era dejar memoria de los monumentos arqueológicos que acababan de ser exhumados, los cuales estaban siendo destruidos por “la gente rústica y pueril”.<sup>59</sup> Para ello, León y Gama acompañó sus eruditas disertaciones de tres fieles grabados en cobre, uno de los cuales mostraba a la Coatlicue en sus caras frontal, dorsal, lateral, superior e inferior (Figura 2). Eran obra de Francisco Agüera y Bustamante, quien tuvo principal actividad como grabador entre 1784 y 1805, adquiriendo fama por sus estampas religiosas, escudos de armas, mapas, ex-libris, por la alegoría que sirvió de frontispicio a la *Portentosa vida de la muerte* de fray Joaquín de Bolaños y por las láminas para el ensayo pionero de Alzate sobre Xochicalco.<sup>60</sup>

Con su publicación, León y Gama también perseguía fines políticos. Deseaba combatir a toda costa la leyenda negra urdida en contra el imperio español y sus colonias americanas, demostrando a través del análisis de estos monumentos arqueológicos, el grado de avance de los pueblos autóctonos y, en consecuencia, la proeza que había significado la Conquista.

Me movio tambien á ello el manifestar al orbe literario parte de los grandes conocimientos que poseyeron los indios de esta América en las artes y ciencias, en tiempo de su gentilidad, para que se conozca cuán falsamente los calumnian de irracionales ó simples los enemigos de nuestros españoles, pretendiendo deslucirles las gloriosas hazañas que obraron en la conquista de estos reinos... no habiendo conocido el fierro ni el acero, gravaban con tanta perfeccion en las duras piedras las estatuas que representaban sus fingidos simulacros, y hacian otras obras de Arquitectura [...] <sup>61</sup>

<sup>57</sup> Sin título b; Sin título c; Sin título d.

<sup>58</sup> Cañizares Esguerra, *Cómo escribir la historia...*, p. 451.

<sup>59</sup> León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1792, p. 3-4.

<sup>60</sup> José Toribio Medina, *La imprenta en México (1539-1821)*, v. 1, p. CCXIII; Manuel Romero de Terreros, *Grabados y grabadores en la Nueva España*, p. 463-466; Leonardo López Luján, “The First Steps on a Long Journey: Archaeological Illustration in New Spain in the Eighteenth Century”, en Joanne Pillsbury (editora), *Past Presented: the History of Archaeological Illustration*.

<sup>61</sup> León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1792, p. 4-5.

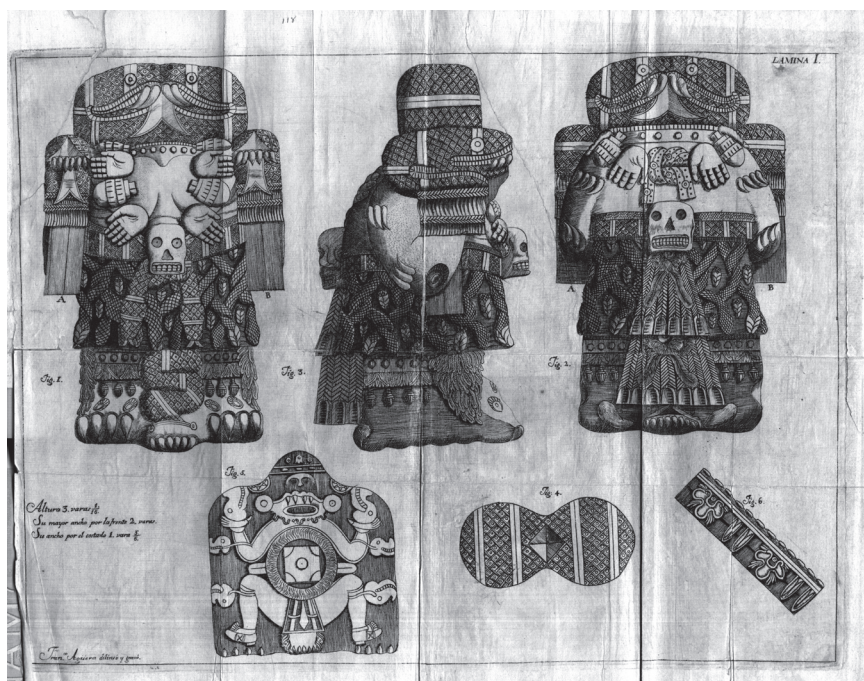


Figura 2. Grabado en cobre de la Coatlicue elaborado por Francisco Agüera para Antonio de León y Gama. *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1792, lám. 1

Vale mencionar que, aproximadamente desde 1768, León y Gama se había preocupado por el origen y los progresos de los nativos, y se había propuesto escribir una historia antigua de la Nueva España.<sup>62</sup> Para ello consultó numerosas publicaciones impresas, pero se percató de que en su mayoría ofrecían datos confusos y contradictorios.<sup>63</sup> Por tal motivo, el sabio se propuso buscar relaciones manuscritas indígenas y,<sup>64</sup> como éstas estaban compuestas en náhuatl, se dio a la tarea de aprender este

<sup>62</sup> León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1832, segunda parte, p. 3-5. Dicha historia quedó inconclusa y nunca fue publicada. Véase al respecto, Moreno de los Arcos, "La colección Boturini y las fuentes de la obra de Antonio León y Gama", *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 9; "La Historia antigua de México de Antonio de León y Gama", *Estudios de Historia Novohispana*, v. 7.

<sup>63</sup> Eran excepción las obras de López de Gómara, Hernández y Torquemada, esta última con datos valiosos tomados de Sahagún, Olmos y Motolinía. Véase Moreno de los Arcos, "Ensayo biobibliográfico...", p. 103-117.

<sup>64</sup> Utilizó ampliamente las obras de Chimalpáhin, Cristóbal del Castillo y Alvarado Tezozómoc.

idioma. Paralelamente, mandó sacar copias de pictografías que habían sido colectadas por Boturini y “algunas personas curiosas”, así como de otras que se atesoraban en la universidad. Esto le permitió alcanzar un conocimiento en la materia —particularmente sobre el calendario y la astronomía— que no poseía ninguno de sus contemporáneos.

Por desgracia, la disquisición de León y Gama sobre la Coatlicue no fue tan profunda ni tan atinada como la que hizo acerca de la Piedra del Sol.<sup>65</sup> El sabio entendió a la diosa —elaborada a su juicio con una dura “piedra arenaria”— como un “compendio de muchos dioses”. De la cintura para arriba estaba conformada según él por “dos figuras casi semejantes, y estrechamente unidas”: al frente, un cuerpo femenino que representa a Teoyaomiqui, patrona de los militares que había perecido en la guerra divina y que tenía por misión recoger las almas de los muertos en batalla y de los sacrificados; atrás, la efigie masculina de su compañero, el dios de la guerra Teoyaotlatohua Huitzilopochtli.<sup>66</sup> León y Gama leyó las serpientes que brotan del cuello como las máscaras de ambos dioses, y sus collares como compuestos de manos y bolsas de copal (corazones en la realidad). De la cintura para abajo descifró la presencia de siete dioses más: Cohuatlycue simbolizada en la falda de serpientes entrelazadas; Cihuacóhuatl, en las dos grandes serpientes del cinturón; Quetzalcóhuatl, en estas serpientes y las plumas contiguas; Chalchihuitlycue, en los supuestos tejidos de chalchihuites; Tláloc y Tlatocaoecélotl, en los dientes y uñas, y Mictlantecuhltli, esculpido en la base del monumento. La posición inferior de este último relieve y los codos flexionados le indicaban al sabio que la escultura se exhibía en alto, sostenida por “dos sustentáculos ó columnas”. En lo concerniente a sus funciones, León y Gama propuso que el monumento marcaba el lugar donde se hacían durante la veintena de *hueymiccaíhuittl* las exequias de reyes, señores y soldados muertos en batalla, así como donde se sacrificaban cautivos en el fuego.

<sup>65</sup> Véase, León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1792, p. 35-47.

<sup>66</sup> Muy poco es lo que se sabe a ciencia cierta sobre Teoyaomiqui y Teoyaotlatohua; entre otras cosas, se desconocen sus atavíos y símbolos característicos. Entre las raras fuentes que los mencionan, destaca del Castillo (*Historia de la venida de los pueblos mexicanos y otros pueblos e Historia de la conquista*, p. 207), quien habla de ellos cuando se refiere a los *tonaltin*: “Dicen que aquí hablan las estrellas llamadas *Teoyaotlatohua Huitzilopochtli*, y también las llamadas *Teoyaomiqui*. Se dice que nacen entonces se hacen rápidamente mano izquierda de la gente, se hacen guerreros y rápidamente mueren en la guerra. Serna (*Manual de ministros de indios para el conocimiento de sus idolatrías y extirpación de ellas*, p. 168) también los menciona cuando comenta las predicciones para los nacidos en ciertos signos de día: “El *duodécimo* signo llamaban *Teoyaotlatohua huitzilopochtli*, que es el gran guerrero Dios *Huitzilopochtli*, y le acompañava *Teoyaomiqui* que era la Diosa de los muertos en la guerra. Dicen, que aquí nacían los valerosos Capitanes, pero que en breve tiempo morían, y no llegauan á viejos”.

Por lo visto, Alzate leyó con tanta avidez como disgusto la *Descripción histórica y cronológica...*, pues antes de que terminara el mes de junio de 1792 apareció en la *Gaceta de Literatura* una corrosiva reseña sólo imputable a su pluma:

En la oficina en que se imprime esta se ha publicado un cuaderno en cuarto, en el que se representan dos de las cuatro piedras que adornaban al antiguo templo de los mexicanos, su autor es D. Antonio de León y Gama, sujeto que en repetidas ocasiones tiene manifestada su aplicación á las ciencias naturales útiles: la publicación del cuaderno presenta dos asuntos: tres estampas que representan la figura de dos piedras copiadas con exactitud, y la interpretación de los geroglíficos. Por lo que toca á la primera parte, todos los sabios del orbe deben agradecerle que á su costa mandase copiar las imágenes de tan estupidas moles, caracterizadas con los símbolos que representan; y si se atiende á las circunstancias del tiempo, la publicación de las láminas es oportuna. La descripción del templo de México, que dispuso el sabio Dr. Hernández, testigo ocular, nos llegará de uno á otro correo: por su informe acomodaremos en sus debidos sitios las piedras que se han encontrado, y sabremos lo que significaron: y así, ínterin esto llega, demos muchas gracias al Señor de Gama, quien movido de un espíritu patriótico, publica las estampas, que son exactas: si la interpretación es genuina, lo ignoro; sé que otro anticuario mexicano piensa de diverso modo, y que se previene para decir lo que siente.

Las disputas en materia de antigüedades son y serán de un abismo de confusiones: uno dice que tal figura es G, y otro que es Z; y como por lo regular no hay documento decisivo, suelen ser estas unas disputas eternas.<sup>67</sup>

Una vez más, Alzate le echaba en cara a su antagonista la ausencia de un método explícito de interpretación, al tiempo que contraponía de manera malintencionada a “otro anticuario mexicano”, refiriéndose al licenciado Borunda, quien en esas fechas estaba preparando su propio ensayo sobre los monolitos de la Plaza de Armas. Aparentemente, León y Gama respondió el mismo 26 de junio en la *Gazeta de México*. Lo hizo, no obstante, en forma templada, lanzando un reto al mentado y misterioso anticuario:

Como el Autor de la Descripción siempre ha aspirado á desvanecer las tinieblas, y desterrar los errores y confusiones en que se ha mantenido la Historia de los Indios por el dilatado tiempo de mas de dos siglos y medio, no solo admitirá gustoso las nuevas luces que se le

<sup>67</sup> Alzate y Ramírez, Sin título c.

ministren, sino que repondrá enteramente su sistema, siempre que el otro Anticuario presente el suyo con igual ó mayor comprobación de la que se manifiesta en el Cuaderno impreso... en inteligencia que no saliendo dentro de un término regular, se deberá estar á lo que se ha dicho en el Cuaderno, y á lo que nuevamente dixere en la descripción de las otras Piedras.”<sup>68</sup>

Cansado de ser aludido sin su consentimiento,<sup>69</sup> el propio Borunda salió por fin a la palestra e hizo publicar en la *Gazeta de México* un texto donde se exponen sus credenciales para opinar en estos temas:

Del Individuo apuntado, sin aviso suyo, en Gazeta de esta Capital de 13 de Septiembre de 91, se supone del mismo modo en la de Literatura de 12 de Junio del corriente, que puede decir lo que siente sobre figuras de las dos Piedras de que trata el Cuaderno citado en las de 16 de Agosto de aquel año, 24 de enero, 8 y 29 de Mayo, y 26 del propio Junio. La noticia se fundó, desde luego, en ser notorio que desde bien mozo comenzó en Poblaciones de Naturales á comparar el idioma que conocemos por Mexicano, con sus Gramáticas, impresos y manuscritos del siglo decimo sexto, y á observar sus costumbres, y las de la Nacion que llamamos Otomí, cotejando tambien documentos auténticos del mismo siglo, y monumentos de la Geografía nacional, que recuerda el sentido de los principales símbolos y geroglíficos de ambas Piedras. Con que no hará poco, quien atinare con él, sin entrar todavía en otros, y lo fundare en público, á vos viva, si fuera necesario, entre tanto se faciliten todos los costos de una clave demostrativa de frecuentes errores, originados de aquel tiempo, y que copiados hasta hoy por falta de correccion, semejante á la que se hizo para Españoles en la lengua general del Perú, impiden el discernimiento en la escritura geroglífica Mexicana juntamente con la del literal, á que se dedicaban en su idioma los Nativos hasta el siglo 17.<sup>70</sup>

Aclaremos aquí que Borunda representa un resabio del pensamiento barroco que convivía en forma incómoda con el nuevo mundo de los ilustrados novohispanos.<sup>71</sup> Su obra, hoy calificada de disparatada e incomprensible, gozó en su época de cierto prestigio y, sobre todo, tuvo un impacto decisivo en el ideario de fray Servando Teresa de

<sup>68</sup> Sin título e.

<sup>69</sup> Véase también, Alzate y Ramírez, “Respuesta del Autor de la Gazeta de Literatura á la Carta que se publicó por la nuestra en la de 16 del pasado, escrita por un Anónimo”, *Gazeta de México*, t. IV, n. 42, p. 295. Allí se menciona explícitamente a Joseph Antonio Borunda.

<sup>70</sup> Sin título f.

<sup>71</sup> Cañizares Esguerra, *Cómo escribir la historia...*, p. 500-503, 522-523.



Mier. Sin embargo, a raíz del histórico sermón que este último pronunció el 12 de diciembre de 1794 en la Real Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe y por el que fue condenado a prisión y exilio en España, Borunda sería tildado de loco y sus manuscritos confiscados. Los conocemos gracias a que Nicolás León los descubrió en el archivo de la Colegiata en el año de 1895 y los publicó bajo el título de *Clave general de geroglíficos americanos* como parte de los autos contra fray Servando.<sup>72</sup>

En dicho estudio, Borunda explica que las fuentes del siglo XVI tergiversaban la información a tal grado que eran inutilizables para reconstruir la historia antigua. Esto se debía a que, por un lado, los intérpretes indígenas vertieron incorrectamente el náhuatl a caracteres latinos y, por el otro, a que los españoles distorsionaron las pronunciaciones originales de una lengua que desconocían.<sup>73</sup> Para salvar el doble obstáculo, el licenciado desarrolló su famosa “clave”, una metodología tan oscura como enmarañada, si bien de una innegable creatividad. Estaba persuadido de que, en tiempos prehispánicos, los hechos históricos no habían sido registrados en papel, sino en tallas de madera y en monumentos pétreos como los exhumados en la Plaza de Armas.<sup>74</sup> Aseveraba que las imágenes plasmadas escultóricamente, si eran analizadas de manera correcta, permitirían escribir una narrativa detallada e integral del pasado. Se trataba a su juicio de una suerte de escritura, donde cada símbolo y cada jeroglífico encerraban uno o más conceptos. Su etimología en náhuatl codificaba una declaración alegórica de lo acontecido, transmitiendo pormenores sobre costumbres, acciones y fechas.

Borunda decidió probar su clave precisamente en la Coatlicue, a la cual leyó como un intrincado montaje de símbolos y jeroglíficos, creyendo descifrar así el origen de los mexicas:

Mas, habiéndose excavado en el año mil setecientos y noventa dos de los tres principales monumentos, fielmente copiados en esta clave, el primero resulta instruyendo la fundación de esta ciudad de México, no sólo datada, sino expresiva del establecimiento de sus antiguas contribuciones, lugares, y genealogía de sus fundadores, y juntamente de la situación y causas destructivas de la Capital antigua [...]

<sup>72</sup> Joseph Antonio Borunda, “Clave general de geroglíficos americanos”, en *Bibliografía mexicana del siglo XVIII por el Dr. Nicolás León, profesor de etnología en el Museo Nacional, sección primera, tercera parte, A-Z*.

<sup>73</sup> Cañizares Esguerra, *Cómo escribir la historia...*, p. 503-508.

<sup>74</sup> Borunda, “Clave general...”, p. 200, 202, 223-235; Cañizares Esguerra, *Cómo escribir la historia...*, p. 501-509.



A partir de la lectura de una argumentación inacabable y farragosa, resumamos las inferencias básicas de Borunda. Todo comienza con un pueblo ancestral que vivía al sur del Valle de México, en las montañas del Chichinauhtzin, específicamente en Magdalena Petlacalco y Axuchco. Eran miles de gigantes que, tras darse a la embriaguez, desencadenaron la ira de dios. Éste los castigó con erupciones y terremotos, además de un eclipse. Como consecuencia, pereció la gran mayoría de los gigantes, en tanto que los pocos sobrevivientes tuvieron que emprender una migración de cuatro siglos, recorriendo cuatro leguas hacia el norte, en dirección de la laguna. En el camino se transformaron en seres humanos, pertenecientes a dos etnias, la mexica y la otomí. Al final de su marcha, fundaron su ciudad en una isla donde había una “tumorosidad”, un grupo de peñascos de roca arenosa que habían sido arrojados por las mismas erupciones que los habían obligado a emigrar. Dividieron el asentamiento en cuatro barrios surcados por acequias y, al centro, levantaron un adoratorio que rememoraba la serpiente originaria. Con uno de esos “peñascosos volúmenes” tallaron a la Coatlicue para dejar memoria de su infortunio y su posterior devenir. Vista de frente, nos dice Borunda, la cabeza de la escultura adoptaba la forma de un cangrejo, animal anfibio que evocaba a esta sociedad mixta que había vivido en ambientes montañosos y lacustres; una idea similar comunicaba la pretendida rana figurada en la base del monolito. Y, al llegar los españoles, concluye el licenciado, los indígenas no hicieron más que sepultar a flor de tierra éste y otros monumentos, evitando con ello que los intrusos europeos descifraran su historia.

Retornando a nuestro debate, Alzate entregó el último de sus artículos a la *Gazeta de Literatura* en agosto de 1792.<sup>75</sup> Fue una furiosa diatriba, aunque llena de señalamientos inocuos contra la “obrita” de León y Gama. Le objetó ahí, por ejemplo, que hubiera identificado como una arenaria la piedra en que fue tallada la Coatlicue, cuando a su juicio se trataba de un granito, al tiempo que descartó buena parte de los argumentos basados en Cristóbal del Castillo, aduciendo que éste no era un indio como afirmaba León y Gama, sino un mestizo. Alzate se escandalizó igualmente de los juicios interpretativos de anticuarios, etimologistas y cronologistas con los que asociaba a León y Gama, insistiendo en que es preferible “tratar de las artes útiles” que ofrecen certezas, “que de las agradables”, las cuales se basan en especulaciones filosóficas. El resto del ataque se centró en señalamientos más trascendentes, aunque ya expresados en sus entregas anteriores. Quizás el más importante de todos fue que León y Gama nunca había

<sup>75</sup> Alzate y Ramírez, “Carta del autor de esta Gaceta a D. N.”.

explicado su “clave” para comprender la escritura jeroglífica. Al respecto machaca Alzate:

Tengo manifestado así en esta Gaceta como en la política, mi suma ignorancia respecto á lo que significan ò quieren dar à entender los caracteres mexicanos, y viviré eternamente en esta ignorancia, porque no sé cual sea la clave para descifrar, ó si se quiere, adivinar el misterio de los caracteres simbólicos.

En virtud de esta íntima convicción, ¿no debo ignorar si la interpretación del Sr. de Gama es exacta ó verdadera? Expónganos este anticuario las reglas que sirven para iniciarse en los conocimientos de que solo eran poseedores algunos de los antiguos sabios mexicanos, y entonces ya vendremos en conocimiento de su acierto.

Al final del artículo, se agrega una nota donde Alzate se lanza no sólo contra León y Gama, sino también contra Borunda:

*Nota.* En la Gaceta política de 18 del corriente un anónimo [Borunda] se queja de que en la Gaceta de literatura se haya divulgado el trabajo que tiene impedido para descifrar las lápidas mexicanas de que se ha tratado en la presente; mas la acusación que me hace es infundada. Expresé que cierto anticuario mexicano se dedicaba á exponer la interpretación de las lápidas, y que disentía mucho de lo que expresaba D. Antonio de Gama: en la expresión *un anticuario* se comprende toda la serie de anticuarios, puesto que por ningún indicio puede inferirse hablé determinadamente de un solo individuo: ¿á qué viene el reclamo? ¿He faltado á la confianza? ¿Tengo comprometido á algún literato para que por mi insinuación se le obligue à publicar sus ideas?

Pero el anónimo, sea quien fuese, ya se explicó; y esto es lo que me importa, pues da á entender que las lápidas [la Coatlicue y las piedras del Sol y de Tízoc] son unos restos de geografía ó topografía de los antiguos mexicanos: le doy las gracias, porque esto corrobora el dictamen que expuse acerca de la voluntariedad con que se explican los que se dicen anticuarios ó descifradores de los caracteres simbólicos de los mexicanos: las piedras especificadas, según el Señor Gama, son restos de la mitología y astronomía de los antiguos pobladores de esta ciudad; en sentir del anónimo pertenecen á la geografía: semejantes interpretaciones distan entre sí lo que el cielo de la tierra [...]<sup>76</sup>

Ante tales impropiedades, León y Gama optó mejor por cerrar “con el silencio la puerta á demandas y respuestas impertinentes, que á mas de ser inútiles à los literatos, influyen en los ánimos pasionales y dis-

<sup>76</sup> Alzate y Ramírez, “Carta del autor...”, p. 425.

cordias”.<sup>77</sup> Decidió, además, dar tiempo a Borunda para que publicara sus propias interpretaciones, cosa que, como vimos, nunca sucedería. Por ello, en noviembre de 1794, León y Gama se resolvió finalmente a concluir la segunda parte de su *Descripción histórica y cronológica...*, a la cual intituló “Advertencias anti-criticas”. Allí respondió sistemáticamente a todas las imputaciones que hicieron sus contemporáneos a la primera parte, y dedicó una sección entera a explicar por qué era imposible hallar una clave general para la inteligencia de los jeroglíficos, figuras y caracteres indígenas. Lamentablemente, este nuevo tratado, tan docto como el anterior, no sería publicado sino hasta 1832, cuando los protagonistas de esta apasionante polémica ya habían muerto.<sup>78</sup>

## REFERENCIAS

### *Archivo*

“El Ayuntamiento de México informa al virrey Revillagigedo el descubrimiento de una piedra labrada de considerable tamaño durante las excavaciones que se están realizando en la Plaza Mayor para la construcción de atarjeas. Dispone el virrey se entregue a la Real y Pontificia Universidad la piedra descubierta y se coloque en el paraje de este edificios para que se indague acerca de su origen. 5 septiembre 1790-12 enero 1792”, *Ayuntamiento de la Ciudad de México, Historia en general*, v. 2254, exp. 22, fs. 5, México, Archivo Histórico del Distrito Federal.

“Informe del superintendente, corregidor de la ciudad de México, Bernardo Bonavía al ayuntamiento sobre el descubrimiento de una piedra labrada de considerable magnitud, la cual fue encontrada al realizar obras en uno de los conductos de la Plaza Mayor. Pide se le haga saber al virrey de estos hechos. 4 de septiembre-21 de octubre 1790”, en *Ayuntamiento de la Ciudad de México, Historia, Monumentos*, v. 2276, exp. 1, fs. 5, México, Archivo Histórico del Distrito Federal.

### *Biblio-hemerografía*

ALCINA FRANCH, José, *Arqueólogos o anticuarios. Historia antigua de la arqueología en la América española*, Madrid, Ediciones del Serbal, 1995.

<sup>77</sup> León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1832, segunda parte, p. 2.

<sup>78</sup> León y Gama, *Descripción histórica y cronológica...*, edición de 1832, segunda parte, p. 1-148.

ALZATE Y RAMÍREZ, Joseph Antonio, “Respuesta del autor de la *Gazeta de Literatura* á la Carta que se publicó por la nuestra en la de 16 del pasado, escrita por un Anónimo”, *Gazeta de México*, México, 1791, t. IV, n. 42, p. 395-396 [martes 13 de septiembre de 1791].

———, Sin título a, *Gaceta de Literatura de México*, Puebla, 1831, v. II, p. 83 [13 de diciembre de 1790].

———, Sin título b, *Gaceta de Literatura de México*, Puebla, 1831, v. II, p. 103 [11 y 25 de enero de 1791].

———, “Descripción de las antigüedades de Xochicalco”, *Suplemento de la Gazeta de Literatura de México*, Puebla, 1831, v. 2, p. 1-17 [noviembre de 1791].

———, Sin título c, *Gazeta de Literatura de México*, Puebla, 1831, v. II, p. 399-400 [26 de junio de 1792].

———, “Carta del autor de esta Gaceta a D.N.”, *Gazeta de Literatura de México*, Puebla, v. II, p. 411-425 [13 y 31 de julio, y 28 de agosto de 1792].

BERNAL, Ignacio, *Historia de la arqueología en México*, México, Editorial Porrúa, 1979.

BORUNDA, Joseph Ignacio, “Clave general de geroglíficos americanos”, en *Bibliografía mexicana del siglo XVIII por el Dr. Nicolás León, profesor de etnología en el Museo Nacional, sección primera, tercera parte, A-Z*, México, Imprenta de la Viuda de Francisco Díaz de León, 1906, p. 196-340.

CAÑIZARES ESGUERRA, Jorge, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

CASTILLO, Cristóbal del, *Historia de la venida de los pueblos mexicanos y otros pueblos e Historia de la conquista*, México, GV Editores/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982.

DÍAZ-TRECHUELO SPÍNOLA, María Lourdes, Concepción Pajarón Parody y Adolfo Rubio Gil, “Juan Vicente de Güemes Pacheco. Segundo Conde de Revillagigedo (1789-1794)”, en José Antonio Calderón Quijano (director), *Los virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos IV*, 2 v., Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1972, v. 1, p. 85-366.

ESTRADA DE GERLERO, Elena Isabel, “Carlos III y los estudios anticuarios en Nueva España”, en Xavier Moyssén y Louise Noelle (coord.), *1492-1992. V Centenario arte e historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, p. 63-92.

- , “La labor anticuaria novohispana en la época de Carlos IV: Guillermo Dupaix, precursor de la historia del arte prehispánico”, en Gustavo Curiel, Renato González Mello y Juana Gutiérrez Haces (comps.), *XVII Coloquio Internacional de Historia del Arte*, 3 v., México, 1994, v. 1, p. 191-205.
- FAUVET-BERTHELOT, Marie-France, Leonardo López Luján y Susana Guimarães, “Six personnages en quête d’objets: histoire de la collection archéologique de la Real Expedición Anticuaria en Nouvelle Espagne”, *Gradhiva, Revue d’anthropologie et de muséologie*, París, Musée du quai Branly, n. 6, 2007, p. 104-126.
- GALINDO Y VILLA, Jesús, *Historia sumaria de la Ciudad de México*, México, Departamento del Distrito Federal, 1996.
- GÓMEZ, José, *Diario curioso y cuaderno de las cosas memorables en México durante el gobierno de Revillagigedo (1789-1794)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- HERNÁNDEZ FRANYUTI, Regina, *Ignacio de Castera: arquitecto y urbanista de la Ciudad de México 1777-1811*, México, Instituto Mora, 1997.
- LEÓN Y GAMA, Antonio, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*, México, Imprenta de don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1792.
- , *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras, que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790... Dala a luz con notas, biografía de su autor y aumentada con la segunda parte que estaba inédita, y bajo la protección del Gobierno general de la Union: Carlos María de Bustamante, diputado al Congreso General Mexicano, segunda edición*, México, Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, 1832.
- LOMBARDO DE RUIZ, Sonia, “El Segundo Conde de Revillagigedo, una semblanza a través de las voces de su tiempo”, en Lina Odena Güemes y Héctor Madrid Mulia (comps.), *Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, Segundo Conde de Revillagigedo. Testimonio documental*, México, Gobierno de la Ciudad de México, 1999, p. XIX-XXXVIII.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo y Leonardo López Luján, “La historia póstuma de la Piedra de Tízoc”, *Arqueología Mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Editorial Raíces, 2010, n. 102, p. 60-69.
- LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, “La arqueología del Epiclásico en el centro de México”, *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, México, Antiguo Colegio de San Ildefonso, 2001, p. 285-313, 377-379 y 401-402.

- , “El Tajín en el siglo XVIII: dos exploraciones pioneras en Veracruz”, *Arqueología Mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Editorial Raíces, 2008, n. 89, p. 74-81.
- , “Noticias de Herculano: las primeras publicaciones de arqueología en México”, *Arqueología Mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Editorial Raíces, 2008, n. 90, p. 74-80.
- , “‘El adiós y triste queja del Gran Calendario Azteca’. El incesante peregrinar de la Piedra del Sol”, *Arqueología mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Editorial Raíces, 2008, n. 91, p. 78-83.
- , “The First Steps on a Long Journey: Archaeological Illustration in New Spain in the Eighteenth Century”, en Joanne Pillsbury (ed.), *Past Presented: the History of Archaeological Illustration*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks (en prensa).
- LÓPEZ LUJÁN, Leonardo y Marie-France Fauvet-Berthelot, “Coleccionismo arqueológico novohispano: la revaloración del pasado prehispánico a fines del periodo colonial”, ponencia presentada en el coloquio *Las vitrinas de la memoria, los entresijos del olvido. Coleccionismo e invención de memoria cultural*, Mérida, Universidad Nacional Autónoma de México, Unidad Académica de Ciencias Sociales y Humanidades, 16 de octubre de 2007.
- MARGAÍN, Carlos R., “Don Antonio León y Gama (1735-1802), el primer arqueólogo mexicano. Análisis de su vida y obra”, *Memorias del Primer Coloquio Mexicano de Historia de la Ciencia*, 2 v., México, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, 1964, v. II, p. 149-183.
- MARROQUI, José María, *La ciudad de México*, 3 v., México, Tipografía y Litografía “La Europea”, 1900-1903.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, “Don Antonio de León y Gama y los comienzos de la arqueología mexicana”, en *Homenaje al doctor Ignacio Bernal*, Leonardo Manrique Castañeda y Noemí Castillo Tejero (coords.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, p. 71-79.
- , *Los comienzos de la arqueología mexicana: en respuesta a Carlos Navarrete*, México, El Colegio Nacional, 2002.
- MEDINA, José Toribio, *La imprenta en México (1539-1821)*, 8 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.
- MOLINA MONTES, Augusto, “Una visión de Xochicalco en el siglo XIX: Dupaix y Castañeda, 1805”, *Anales del Instituto de Investigaciones Esté-*

*ticas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, v. 62, p. 53-68.

MONCADA MAYA, José Ojar y Paola González Ordaz, “Algunas reformas urbanas en la ciudad de México a finales del siglo XVIII”, *Boletín de Monumentos Históricos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, tercera época, 2007, n. 11, p. 94-112.

MORENO DE LOS ARCOS, Roberto, “Ensayo biobibliográfico de Antonio de León y Gama”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970, t. II, n. 1, p. 43-135.

———, “La colección Boturini y las fuentes de la obra de Antonio León y Gama”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1971, v. 9, p. 253-270.

———, “La *Historia antigua de México* de Antonio de León y Gama”, *Estudios de Historia Novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, v. 7, p. 49-78.

RAMÍREZ, Fausto, “Observaciones acerca de las artes plásticas en las publicaciones periódicas de José Antonio de Alzate y Ramírez”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, n. 50/1, p. 111-152.

RIVERA CAMBAS, Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*, 3 v., México, Imprenta de la Reforma, 1880-1883.

ROMERO DE TERREROS, Manuel, *Grabados y grabadores en la Nueva España*, México, Ediciones Arte Mexicano, 1948.

SEDANO, Francisco, *Noticias de México*, México, Imprenta de J. R. Barbedillo y Compañía. 1880.

SERNA, Jacinto de la, *Manual de ministros de indios para el conocimiento de sus idolatrías y extirpación de ellas*, en *Tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México*, 2 v., México, Fuente Cultural, 1953, v. I, p. 47-368.

Sin título a, *Gazeta de México*, México, v. IV, n. 16, martes 24 de agosto de 1790, p. 152-154.

Sin título b, *Gazeta de México*, México, v. V, n. 2, martes 24 de enero de 1792, p. 14.

Sin título c, *Gazeta de México*, México, v. V, n. 9, martes 8 de mayo de 1792, p. 88.

Sin título d, *Gazeta de México*, México, v. V, n. 11, martes 29 de mayo de 1792, p. 108.



Sin título e, *Gazeta de México*, México, t. v, n. 13, martes 26 de junio de 1792, p. 124.

Sin título f, *Gazeta de México*, México, t. v, n. 14, martes 17 de julio de 1792, p. 131-132.

SOBERANIS, Alberto, “Alzate, León y Gama y Guillaume Dupaix. A propósito de las antigüedades mexicanas”, en Teresa Rojas Rabiela (coord.), *José Antonio Alzate y la ciencia mexicana*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2000, p. 39-78.

TECUILHUITZINTLI, Océlotl, “Carta al Autor de la Gazeta de Literatura”, *Gazeta de México*, México, t. IV, n. 40, 16 de agosto de 1791, p. 377-379.

VALERO DE GARCÍA LASCURÁIN, Ana Rita, “El empedrado de la ciudad virreinal”, en *De Tenochtitlan al siglo XXI. Memoria del Primer Encuentro de Cronistas de la Ciudad de México*, México, Instituto Politécnico Nacional, 2001, p. 114-125.